

OSTENSIÓN

Los huesos de Francisco proclaman que Dios ha redimido la carne

ECCLESIA

26_02_2026



**Stefano
Chiappalone**



“No eres un hombre hermoso de cuerpo, no eres de gran ciencia y tampoco eres noble. ¿Por qué, entonces, todo el mundo te sigue?”: A la franca pregunta de fray Masseo da Marignano, san Francisco de Asís respondió así: “Dios no ha encontrado criatura más vil

sobre la tierra, y por eso me ha elegido para confundir la nobleza y la grandeza y la fortaleza y la belleza y la sabiduría del mundo, para que se conozca que toda virtud y todo bien proviene de él, y no de la criatura". En el diálogo transmitido por los *Fioretti*, junto con la humildad del santo, emerge el contraste entre el encanto que Francisco ejercía y sigue ejerciendo y su apariencia que, al menos a primera vista, no debía causar una buena impresión. "Era una persona despreciable, con un rostro sin belleza": es el retrato despiadado que traza Tomás de Spalato, y las demás fuentes coinciden. Pero fray Masseo se lo dijo a la cara.

"No eres un hombre hermoso de cuerpo..." estaríamos tentados de repetir ocho siglos después ante lo que queda de ese cuerpo, y a juzgar por el auge de las reservas, se diría que todo el mundo quiere ir a ver los restos mortales de Francisco, expuestos a la veneración en la Basílica inferior de Asís para su primera ostensión pública —abierta el domingo 22 de febrero y que concluirá el 22 de marzo— en el año en que se celebra el VIII centenario de su muerte. "Y todo esto, podría alegarse, solo para ver un montón de huesos. ¡Es cierto! Pero también es cierto que ese montón de huesos nos remite a una experiencia de vida cristiana que desde hace ocho siglos no deja de fascinar a hombres y mujeres de todas las condiciones y latitudes geográficas", comenta en *Vatican News* monseñor Felice Accrocca, obispo electo de Asís (tomará posesión de la diócesis umbra el 25 de marzo), pero también -dato no secundario-, historiador y docente, autor de numerosos estudios sobre el franciscanismo.

Perpetuamente enfermo, ya fuera por naturaleza o por su cautiverio juvenil durante la guerra entre Perugia y Asís, o por la combinación posterior de enfermedades y penitencias, Francisco tuvo que pedir perdón en sus últimos días al "fraile cuerpo", al que no le había perdonado nada (ni siquiera al "fraile fuego" con una dolorosa e inútil intervención de cauterización). Tampoco el Señor, como es sabido, le había ahorrado nada, imprimiéndole *físicamente* sus propias llagas. Francisco es el primer estigmatizado de la historia y, junto con las heridas, también recibió los clavos, "cuyas cabezas eran visibles en las palmas de las manos y en el dorso de los pies, mientras que las puntas sobresalían por el lado opuesto", escribe Tomás de Celano en la *Vita prima*, mencionando también la "amplia cicatriz" en el costado derecho "traspasado como por un golpe de lanza", que "a menudo sangraba empapando con esa sangre sagrada la túnica y los calzoncillos".

Sin embargo, ese físico mediocre (por no decir feo y descuidado) era una reliquia ya en vida. Incluso antes de morir, el suyo ya era *un corpo conteso* (Un cuerpo disputado): es el elocuente título del ensayo de monseñor Accrocca (*Un corpo conteso. Gli ultimi giorni di Francesco d'Assisi*

, Ed. Porziuncola, Asís 2025), que recorre el despliegue de fuerzas, incluso militares, de los ciudadanos de Asís para asegurarse de que Francisco muriera en la ciudad y que nadie más se apoderara de sus restos mortales, ¡y mucho menos los eternos enemigos de Perugia! Así, en los últimos seis meses, cuando el enfermo corría el riesgo de abandonar este mundo en Siena o en Bagnara, el regreso a Asís suscitó un júbilo unánime “porque todo el pueblo esperaba que el santo de Dios terminara sus días entre las murallas de su ciudad”, cuenta Tomás de Celano. Pero ni siquiera allí lo dejaron en paz, escoltándolo al palacio episcopal y desconfiando incluso de los frailes hasta que lo llevaron a morir a la Porciúncula. Y solo una persona podría haber tomado esta última decisión, observa monseñor Accrocca, es decir, el propio Francisco, que incluso moribundo sabía hacerse respetar.

La segunda parte de la historia de ese “cuerpo disputado” comienza la noche del 3 de octubre de 1226, en el momento en que Francisco se durmió en el Señor. No lo enterraron en la Porciúncula, demasiado expuesta al riesgo de robo por parte —ni que decir tiene— de los peruginos “por los prodigios que, por medio de él, Dios se había dignado obrar”, nos informa Giordano da Giano, sino “junto a las murallas de Asís, en la iglesia de San Jorge” (donde ahora se encuentra la basílica dedicada a Santa Clara). Un entierro provisional y no en la catedral, donde habría sido un patrón “cualquiera”: para ese cuerpo sagrado se necesitaba un relicario adecuado, que sería la gran basílica iniciada en 1228, año de la canonización “relámpago” del Poverello, donde fue depositado en 1230. Ese entierro definitivo se llevó a cabo en gran secreto, alejando a los frailes e incluso a los legados papales, para que nadie supiera el lugar exacto, que permaneció desconocido hasta las excavaciones realizadas en 1818 bajo el generalato del padre Giuseppe De Bonis. Casi seis siglos de inaccesibilidad alimentaron leyendas sobre el estado de conservación del cuerpo, que algunos aseguraban haber visto incorrupto y hermoso, durmiendo o de pie, y según otros, incluso resucitado.

Una historia singular incluso en ese Medioevo “hambriento” de reliquias, pero que sería reduccionista liquidar como pura superstición u orgullo ciudadano profano. Más allá de los excesos e incluso de los robos, la esencia es un hilo conductor que une la ansiedad de los habitantes de Asís del siglo XIII por que Francisco permaneciera en la ciudad incluso (¡y sobre todo!) después de muerto, y la peregrinación que en estos días lleva a los creyentes del siglo XXI a venerar sus huesos. Y es el hilo conductor de la encarnación, sin la cual se corre el riesgo de tergiversar el franciscanismo y el cristianismo mismo. Si Dios ha creado e incluso asumido nuestra carne, los restos mortales de un santo han transmitido las *mirabilia Dei*, por medio de ellos Dios “ha hecho maravillas” (Sal 98,1). No son, pues, meros envoltorios de almas “puras”, sino

carne y huesos “contaminados” por la santidad y destinados también a la resurrección, al final de los tiempos.

Al Creador no le repugna la materia que él mismo ha creado y santificado. Esos signos y gestos resultan, en todo caso, desagradables para una espiritualidad desencarnada y, en definitiva, componible a voluntad, que reduce el Evangelio a un compendio de buenos sentimientos o a un manual de reformas sociales. La hemorroisa deseaba la curación —¡y la obtuvo!— al tocar un borde del manto de Cristo, de manera no muy diferente a quienes a lo largo de los siglos se han acercado a las reliquias de los santos, viendo en ellas, más o menos conscientemente, un “borde” no solo del manto, sino del mismo Cristo. El cristianismo también es una fe visual y táctil (si se me permite la expresión)que anuncia “lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado del Verbo de la vida” (1 Jn 1,1), que se convierte incluso en alimento en el Sacramento de la Eucaristía y se deja ver y tocar también en las huellas materiales que deja una vida santa.